

Introducción a una novela ¿satánica?

VALENTÍN CARRERA

1. La dama berciana del lago

En 1825 el músico vienés Franz Schubert compuso el lied *Ellens dritter Gesang* (*Tercera canción de Ellen*), inspirada en el poema épico *The Lady of the Lake*, que Walter Scott había escrito unos años antes. En el poema de Scott, Ellen Douglas, la dama del lago, se esconde en la Cueva del Duende para evitar la venganza de un rey malvado. Allí, la dama canta un salmo a la Virgen María, invocando su ayuda, pero su protector, Roderick, ocupado en la batalla, no oye su plegaria. Este *lied*, *op. 52* de Schubert, fue posteriormente adaptado y hoy se conoce popularmente como “el Ave María de Schubert”, pero la oración latina [“Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus...”], apenas tiene que ver con el poema original [“Ave María, mansa doncella...”, traduce la web *Infocatolica*].

Quince años después, en 1840, un escritor romántico, culto, informado, atento a las novedades literarias de su época, lector y admirador de Byron y de Walter Scott, el novelista berciano Enrique Gil y Carrasco, escribió su propia versión –indígena, podríamos decir– de la leyenda del lago, motivo que tampoco inventó Scott y que aparece de modo constante en la literatura en forma de sirenas, ondinas, templos, palacios y ciudades sumergidas, como seguidamente documenta Paz Díez-Taboada.

La dama del lago de Gil y Carrasco se llama María y su amante, diríase vecino de Priaranza del Bierzo, Salvador. Toda la novela corta es “un laboratorio de ensayo”, dice Iarocci, plagada de guiños que

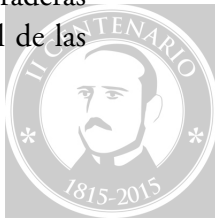


anticipan *El Señor de Bembibre*: igual que el futuro don Álvaro Yáñez, aparece un don Álvaro Rebolledo, señor de Cornatel; una doña Beatriz de Sandoval y un maestro don Rodrigo, aunque no es templario, sino de la Orden de Calatrava. El autor prueba en estas páginas técnicas y escenas que luego desarrollará en su novela monumental: Cornatel como decorado natural desde el que don Álvaro amenaza con tirar a Salvador “desde lo alto del castillo”, las Médulas y la Guiana; o el propio final de la leyenda en el mismo lago donde pocos años después doña Beatriz de Osorio pasará su melancolía. Las dos obras comparten un trasfondo de órdenes de caballerías y guerras moras y hasta expresiones: «una tarde de marzo» se transforma en el famoso inicio de *El Señor de Bembibre*, «una tarde de mayo».

Por su argumento, esta novela del lago es, ciertamente, un disparate, encantador, eso sí. Gil y Carrasco sitúa la acción a finales del siglo XV, lo que luego se concreta en torno a 1492, pues Salvador, tras participar en la toma de Alhama, está nada menos que en la conquista de Granada, lo que permite al autor propiciar un encuentro entre Salvador Téllez y Cristóbal Colón. Sin reparar en gastos, Gil y Carrasco embarca al protagonista en la carabela de Colón en su primer viaje a las Indias, y ¡lo convierte en Rodrigo de Triana! Es Salvador quien ve y grita por vez primera, «¡Tierra!». Un berciano tenía que ser, aunque berciano adoptivo; con ironía, el novelista nos hace saber unos párrafos después que Salvador es hijo bastardo de don Pedro Girón, personaje histórico, que en efecto fue maestro de Calatrava, conde de Osuna, señor del castillo de Peñafiel y no sé cuántas cosas más que en nada interesan a la historia y forman parte colateral del despropósito carrasquiano.

Hechas las Américas, Salvador regresa al Bierzo, profesa en el monasterio bernardo de San Mauro de Villarrando y, paseando sus melancolías –trasunto autobiográfico–, encuentra a una virgen loca, su amor imposible, María. El final se precipita con un castigo divino: «una horrible catarata», la riada mortífera que arrasa el convento y ahoga a los desdichados amantes; en fin, el diluvio universal berciano.

Si el argumento es exótico, la geografía de la novela es precisa y muestra la cercanía berciana de Enrique y su vasto conocimiento del territorio: Villarrando, Cornatel, La Palomera, Foy de Barreira, praderas de San Mauro, hondonada del Naranco, Carracedo, San Miguel de las



Dueñas, Peña Rubia... sabemos que el autor escribe *El Lago de Carucedo* en el verano de 1840, tras una detenida estancia en la comarca, por motivos de salud.

La lectura de *El Lago de Carucedo* se convierte así en un paseo literario, o una literatura que invita a pasear; en ello reside el carácter berciano, y por tanto universal, de la obra y su valor perenne; mientras al lector de hoy le resulta inverosímil la trama feudal, la lectura contemporánea pone el paisaje de fondo en primer término. Se invierte el enfoque, no en vano Gil es considerado –véase Azorín– el mejor paisajista español. Son el lago, y las aldeas de Lago y Villarrando, y la escenografía prodigiosa de la Palomera en Las Médulas, los verdaderos personajes de la trama, los protagonistas del viaje por El Bierzo que nos sugiere y regala siempre Enrique Gil y Carrasco.

Como telón de fondo, los amores prohibidos de Salvador y María contienen una carga profana, casi satánica: “*El Lago de Carucedo* –dice en la tercera *Lectura* de este volumen Borja Rodríguez– es el drama romántico subversivo: el amor destruido por un destino injusto. Amor puro, cuya falta provoca la locura y la rebelión. Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

El resumen es sencillo: Salvador y María se dirían cristianos de libro, piadosos, virtuosos, sufridos, se pasan la vida rezando, nacen, crecen y mueren en conventos, en los que incluso profesan: Salvador a los 33 años, la edad de Cristo. Su buenísima conducta, su piadosa fe, tienen como premio un destino cruel, un terrible castigo divino. ¿Cómo creer en un Dios tan sin entrañas? Gil y Carrasco se vale de la ironía –todo el relato es una parábola descreída– para expresar su radical incredulidad religiosa y, de paso, con ese final en el que muere hasta el apuntador, su propia desesperación personal.

Por el camino se permite todas las licencias: convierte a María, la doncella virgen, en la Virgen María. *La Dolorosa* de Durero, que Salvador contempla en su celda con idolatría, en realidad ¡tiene las facciones de su novia, María de Quirós!, a la que convierte en medio bruja, medio loca, «maga». Nótese, además, que ese Dios cruel que pinta Gil –o dígase el destino, si el lector prefiere– se venga en dos inocentes nacidos del pecado, pues Salvador y María, a los que



conocemos en una especie de Arcadia pastoril a orillas del bucólico lago, son dos frutos bastardos de uniones prohibidas.

Es la justicia divina, a destiempo: “No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague”, escribe Gil y Carrasco hacia el final del relato, citando a Tirso de Molina, que a su vez se inspira en la tragedia griega.

Como un don Quijote que ve claro al final de sus días, Salvador Girón y Sandoval se rebela contra su destino, es decir, contra Dios, al que desafía arriesgando la eternidad y pierde la apuesta: no conseguirá permanecer junto a su amada, que asciende a los cielos en forma de cisne: esta ascensión de la Virgen paganizada es la última ironía de Enrique Gil, quien, un poco arrepentido, se apresura a advertir que todo esto se cuenta en aquel país, El Bierzo, y yo os lo cuento como me lo han contado, nos viene a decir al final justificándose, “despojado de la hojarasca teológica de mi tío Atanasio el cura”.

2. Lecturas sobre el *Diluvio Universal berciano*

Tras la novela, en la segunda parte del libro los lectores interesados en profundizar en la obra de Gil, en su discutible sentimiento religioso o en las leyendas de la ciudad sumergida, encontrarán *Lecturas*, donde se incluyen valiosas aportaciones, con diferentes puntos de vista que componen un poliedro mitológico, histórico, geográfico, literario y musical, que de todo ello hay en la leyenda de *El Lago de Carucedo*.

Figura, en primer lugar, el imprescindible ensayo *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*¹, de la profesora Paz Díez-Taboada –especialista también en Bécquer y Valle Inclán–, a quien los estudios gilianos deben otras dos sólidas contribuciones: su excelente edición y estudio de *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*², y el ensayo *En el tren. Impresiones y sensaciones de Enrique Gil y Bécquer* [que se incluye en el volumen VII, *Último viaje. Diario*, de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO].

Paz Díez, escritora y poeta gallega, emparentada con León y El Bierzo, nos ha ayudado con sus opiniones y generoso estímulo. La

¹ Publicado en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, tomo XLIII, Madrid, 1988, que publicamos aquí por cortesía de la autora.

² Breviarios de la Calle del Pez, León, 1985 y volumen III de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014.



lectura de este ensayo incardina la novela corta de Enrique Gil en una extensa tradición universal, la leyenda de la ciudad sumergida, “que no cumplió con el sagrado deber de la hospitalidad”, arrasada por castigo divino –Gil escoge un *Diluvio Universal* berciano–, tema común a muchas culturas europeas para “dar una explicación religiosa a fenómenos naturales catastróficos que resultaban inexplicables”.

En *Tema y leyenda en el Lago de Carucedo*, y en otra obra de deliciosa lectura, *Relatos populares del mundo*, Paz Díez sigue el hilo que va desde el mito de Filemón y Baucis, contado en las *Metamorfosis* de Ovidio, hasta las recreaciones más recientes de Lovecraft en *Los mitos de Cthulhu* [1919], pasando por el relato oral *A Lagoa de Cospeto*. “Además de Ovidio y la épica francesa, a [esta leyenda] se refirió ya Platón en *Timeo* y *Critias*, relacionándola con los mitos del *Diluvio* y la *Atlántida*; aparece en la *Gética* de Jordanes (s. VI) o en (...) *Las mil y una noches*; modernamente, el bretón Renan se refirió a la leyenda de la ciudad de Is (...) y, además del estadounidense Lovecraft, la han tratado Gil y Carrasco, Unamuno o Casona”.

Advirtiendo el carácter experimental de esta primera narración, Paz Díez subraya: “La obra posee una evidente falta de unidad estructural, lo que la hace aparecer como un ejercicio de narraciones yuxtapuestas, no obstante lo cual, es de agradable lectura. En ella se manifiestan los cinco aspectos más destacados de la personalidad literaria de Gil: su amor a El Bierzo, su gusto por lo descriptivo y por lo histórico, su carácter sentimental y su talante crítico y observador”.

Este carácter experimental de la primera novela de Gil ha sido explorado detenidamente por el hispanista Michael Iarocci [Department of Spanish&Portuguese, University of California, Berkeley], especialista en el Romanticismo y uno de los principales estudiosos de Gil. Iarocci contribuye a las *Lecturas* de este volumen con el análisis de *El Lago de Carucedo* como auténtico laboratorio de trabajo y experimentación, en el que Gil ensayó los temas y las técnicas que luego perfeccionaría en *El Señor de Bembibre*: “El relato es en realidad una serie de experimentos, un borrador en el que el autor da sus primeros pasos como novelista; y la obra representa en este sentido un vehículo de transición entre sus composiciones líricas y su futura novela”.



En tercer lugar, se incluye *Cuento y drama romántico en El Lago de Carucedo*, de Borja Rodríguez Gutiérrez, estudioso del cuento español³, catedrático de Lengua y Literatura Española en Santander y coordinador del Grupo *Lazarillo* de la Universidad de Cantabria. El ensayo de Borja Rodríguez nos aporta una visión de Enrique Gil y de su novela corta radicalmente distinta a las anteriores, abordando sin complejos la cuestión de su religiosidad. En la introducción a *Poesía*⁴, abordamos la cuestión: Gil no es creyente ni profesa la fe católica –que él mismo confiesa y, en cierto modo, lamenta haber perdido⁵–; pero tampoco sigue a sus amigos ateos: su sentimiento religioso es panteísta, su única certeza es la duda.

En el prólogo a *Obras en prosa*, amigos tan cercanos como Joaquín del Pino y Fernando de la Vera lamentan esa pérdida de fe y que Gil se dejara influir por el espíritu doceañista, hostil a la Iglesia. Sabemos que será difícil rasgar el velo piadoso y confesional que durante siglo y medio han tejido muchos autores –desde los mencionados amigos, piadosos ellos mismos, hasta Picoche–, pero son tantas las evidencias que, antes o después, el velo caerá. Borja Rodríguez lo descubre aquí ante el lector sin contemplaciones, a propósito de *El Lago*, que considera novela casi satánica. “No hay en esta obra ningún resquicio por el cual se proceda a una interpretación del destino como acorde con la religión católica. (...) Rebelión total y absoluta contra la religión y contra Dios, en la que la imagen de la Virgen se transforma en una burla más de una divinidad inmisericorde”.

¿Es este lago, lugar predilecto de Gil, “un escenario de recogimiento que conduce al éxtasis, un camino místico que ha de llevar a María y a doña Beatriz al cielo, una representación del alma de Enrique Gil”?, como escribe José Luis Suárez Roca⁶. ¿Vivía Gil en 1840, aún recientes las muertes de su padre, su amigo Guillermo y su amada Juana, un

³ Véase su *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012.

⁴ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen I.

⁵ “Todas esas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; *de las creencias que nunca debiéramos ya no perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos*”, escribe camino de Berlín. *O. C.*, p. 364. La cursiva es nuestra.

⁶ Suárez Roca, *Enrique Gil y Carrasco*, p. 42.

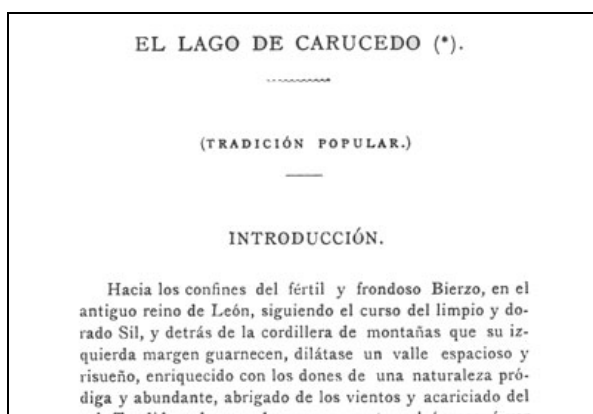


momento de ceguera religiosa y desesperación, como quieren sus bondadosos amigos? ¿Se había instalado Enrique en el nihilismo y la tentación de suicidio que narra en clave autobiográfica dos años antes en *Anochecer en San Antonio de la Florida*? ¿O realmente había perdido ya la fe católica, en contacto con los círculos masónicos que lideraba su íntimo amigo Espronceda y ensaya aquí, de modo irreverente, su primer desafío a los cielos?

Nuestra dama berciana del Lago, siendo una visión personal del que suscribe, comparte la perspectiva heterodoxa de Borja Rodríguez y sugiere otra lectura posible, políticamente incorrecta, de esta novela radicalmente innovadora y actual. Haga el lector su propia lectura de la leyenda y, sin anteojeras, saque la conclusión que buenamente le parezca, que todo será posible en Gil, pues su filosofía y su obra no son simples, sino ricas en matices, profundas.

3. Las ediciones anteriores

El Lago de Carucedo, que Enrique Gil subtitula «tradición popular», fue escrito en la primavera de 1840 y se publicó en cuatro entregas consecutivas en el *Semanario Pintoresco Español*⁷. En 1883, se incluyó en el primer volumen de las *Obras en prosa*, coleccionadas por Joaquín del Pino y Fernando de la Vera y, setenta y un años después, en las *Obras Completas* [edición de Jorge Campos, B. A. E., 1954].



⁷ Núms. 29, 30, 31 y 32, de 19 y 26 de julio y 2 y 9 de agosto de 1840, respectivamente. Picoche, p. 43 y ss. y p. 381.



En ambas ocasiones, *El Lago* figura a continuación de *El Señor de Bembibre*, error que induce a una confusión generalizada; algún lector inadvertido podría deducir que esta novela corta es posterior a la gran novela templaria o un apéndice de la misma, cuando es a la inversa.

El Lago de Carucedo [1840] es anterior a *El Señor de Bembibre* [1844] y, además, es un precedente claro de la novela templaria, algo así como un ensayo general en el que –como vieron Picoche y Paz Díez, y ha estudiado recientemente desde Berkeley el profesor Iarocci–, Gil experimenta temas y técnicas narrativas, “una experiencia utilísima para Gil”, dice Picoche. Por esta razón, la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO edita primero esta novela breve dándole la importancia que tiene en la obra de Gil y distanciándola de la sombra perjudicial de *El Señor de Bembibre*.

A las tres ediciones mencionadas [1840, 1883 y 1854], siguió un largo paréntesis hasta las de Arturo Souto y Ramón Carnicer⁸ y, desde entonces, de nuevo, salvo error u omisión nuestra, un espeso silencio hasta la primera edición en *epub*⁹, presentada en la aldea de Lago una calurosa noche de agosto de 2013, compartiendo filandón a la antigua usanza, con una *copina* de orujo incluida en el menú literario, con decenas de vecinos de Lago, abuelos y nietos mezclados, sentados en corro al fresco, que enriquecieron el relato de Gil con su propia tradición oral. Va, pues, a continuación, no sin tiempo, la sexta edición de esta preciosa miniatura romántica, *El Lago de Carucedo*, cuyo texto ofrecemos desnudo.

4. Nuestra edición

Esta edición de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO se hace teniendo a la vista las ediciones de 1883 y 1954, actualizando la puntuación y corrigiendo numerosos errores, casi siempre evidentes, aunque en algún caso la lectura es dudosa.

Así, en el título de la obra empleamos «*Lago*» con mayúscula, siguiendo la edición de 1883, parecer que vale también, por ejemplo, en

⁸ Editorial Porrúa, México, 1984, y Ámbito Ed., Valladolid, 1992, respectivamente.

⁹ Edición de Valentín Carrera y Francisco Macías, eBooksBierzo, 2013.



El Señor de Bemibre. Hemos corregido, sin embargo, el subtítulo «La primer flor de la vida» por «La primera flor de la vida»; o «Lemus» por «Lemos», acercando el texto al lector actual, a riesgo de contrariar algo el criterio del autor... o del cajista del *Semanario Pintoresco*; en fin, hemos respetado, con dudas, expresiones como «estolazo», neologismo giliano, que podría traducirse por “golpe dado con la estola, a modo de exorcismo”, y otras singularidades, pues es nuestro criterio editorial procurar la mayor fidelidad posible al autor.

Esta edición ilustrada incluye dos grabados insertos en el *Semanario Pintoresco Español* ilustrando la novela de Gil, que reproducimos a partir de la biografía de Suárez Roca; un fragmento de la primera página de la edición de 1833, dos postales de finales del siglo XIX; una imagen de la *dama del lago* encarnada por Sandra Carrera, con ayuda de Alicia Carrera y Manel Macías; y una espléndida foto de Pepe Esteller que bien podría titularse, *el Diluvio Universal Berciano*.



Bibliografía esencial

Ediciones

Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por d. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II.

Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954, pp. 221-250.

Lecturas

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Relatos populares del mundo*, prólogo de Luis Mateo Díez, Austral, nº 151, Madrid, 1998; 4ª ed., 2008.

DÍEZ-TABOADA, PAZ, *Tema y leyenda en «El Lago de Carucedo»*, Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, t. XLIII, Madrid, 1988.

IAROCCI MICHAEL P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Ed. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1999, pp. 79-85.

PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978. Ver pp. 149-151, pp. 171-175 y p. 334 y ss., entre otras.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Antología del cuento romántico*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008. *El héroe distinto*, p. 33 y ss.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, BORJA, *Cuento y drama romántico: «El Lago de Carucedo»*, *Hispanic Journal*, vol.21, núm. 2, 2000, pp. 501-514.

SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS, *Enrique Gil y Carrasco*, Las vidas del centenario, Ayuntamiento de Ponferrada, 2008, pp. 41-44, reproduce dos grabados del *Semanario Pintoresco Español*.

